



FAKE NEWS, TROLLS Y OTROS ENCANTOS

cómo funcionan (para bien y para mal)
las redes sociales

ernesto calvo
natalia aruguete



Fake news, trolls y otros encantos

Calvo, Ernesto y Aruguete, Natalia, (2020). *Fake news, trolls y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores

Magalí Bucasich

Apenas cinco años atrás el campo de la comunicación política y sus lógicas distaban del que actualmente conocemos. La televisión aún se erigía como el medio privilegiado por los votantes a la hora de consumir información, las campañas electorales en redes se encontraban en una etapa embrionaria y las noticias falsas no constituían un objeto de estudio. ¿Qué cambió desde entonces? *Fake news, trolls y otros encantos* tiene como punto de partida la imposibilidad de imaginar la política contemporánea escindida de las dinámicas de las

redes sociales pues, esta “gran mezcladora de encuadres mediáticos” (p. 12), se ha integrado a la vida cotidiana de los ciudadanos. Medios tradicionales, blogueros, políticos e internautas deseosos de exhibir sus preferencias conviven en un entramado ecléctico que combina socialización, intervención política y colectiva, pero también formas organizadas de desinformación y violencia.

Ernesto Calvo y Natalia Aruguete realizan un estudio interdisciplinario que combina herramientas teórico-metodológicas provenientes de las ciencias de la comunicación, la ciencia política y la estadística para echar luz sobre cómo se configuran los encuadres noticiosos en las redes sociales –principalmente en *Twitter*– y sus incidencias en el campo político. Teniendo como antecedentes las investigaciones realizadas en *El poder de la agenda* (Aruguete, 2015) y *Anatomía política de Twitter en Argentina* (Calvo, 2015), las tres partes que componen el volumen abordan distintos eventos comunicacionales en Argentina, Brasil y Estados Unidos para desentrañar los mecanismos –tanto formales como informales– de la polarización política, las estrategias y operaciones de las instituciones políticas y mediáticas, así como los factores cognitivos que permiten explicar por qué los internautas divulgan sus posicionamientos. Cada uno de estos experimentos, además de proporcionar evidencia empírica que sustenta los argumentos esgrimidos por los autores, aporta instrumentos metodológicos que pueden ser replicados en otros estudios de caso.

El gran protagonista de la obra es el usuario que, con sus creencias y prejuicios, con su ideología y clase social, sale al encuentro de sus pares para construir un mundo virtual con objetivos compartidos. Sin embargo, el internauta “hace su propia red aunque no a su propio arbitrio” (p. 15) ya que la información a la que accede incidentalmente se encuentra administrada por algoritmos que le ofrecen contenido ajustado a sus preferencias. Para explicar cómo se forman estas “burbujas de filtro”, los autores proponen tres nociones que constituyen los pilares teóricos del estudio, a saber: “atención selectiva”, “activación en cascada” y “elementos de encuadre” (p. 16).

Mientras que la atención selectiva nos invita a reflexionar sobre los modos en los que atendemos a cuentas y publicaciones que son afines a nuestros puntos de vista, la activación en cascada habilita la aparición de la información con la que acordamos en los muros de nuestros contactos. Finalmente, los elementos de encuadre provocan interpretaciones, evaluaciones y/o soluciones que adhieren a ciertos usuarios y se oponen a otros; de esta manera, se configuran distintas comunidades que buscan llamar la atención de quienes habitan la red. En términos generales, “la atención selectiva filtra el tipo de información que recibimos, la activación en cascada comunica contenidos con los que acordamos y los elementos de encuadre conjugan una interpretación del evento mediático que apoya o disputa la intención comunicativa de cada grupo” (p. 17).

La primera parte del libro, integrada por los capítulos uno al seis, se ocupa de los incentivos que los usuarios tienen para aceptar y descartar mensajes publicados por sus contactos, de los esfuerzos cognitivos que realizan para defender sus creencias previas y de los efectos que sus convicciones tienen en la interpretación de la evidencia política. En este punto, el texto expone una interesante conceptualización de las “*fake news*”, las que no deben ser entendidas simplemente como “noticias falsas”. Esto es así ya que constituyen un acto performativo específico: provocar un daño en el oponente. De este modo, lejos de conformar una estrategia informativa, se trata de una práctica cercana al *bullying* que tiene como misión lastimar al adversario.

Otra de las líneas trabajadas en el texto es aquella asociada a la “polarización afectiva”, noción central a la hora de comprender cómo nos conectamos en las redes sociales. A través de la difusión de información en sus perfiles, los internautas ponen de manifiesto su afectividad: existen contenidos que generan furia, otros que alegran e, incluso, algunos que provocan asco. Compartir comentarios en las redes supone un acto afectivo que integra al usuario con su comunidad; de ahí que la polarización no sea “sólo un alineamiento cognitivo con la interpretación del evento, sino, ante todo, una defensa encendida de las creencias propias ante los objetivos comunicacionales del otro” (p. 54).

A su vez, los resultados de los experimentos realizados evidencian que los encuadres comunicacionales pueden mutar en función del entramado afectivo en el que se insertan. Al respecto, Calvo y Aruguete emplean los conceptos de “asimilación” y “contraste” (p. 87) –provenientes de la psicología política– para abordar la marcada tendencia a acercarse simbólicamente aquellas opciones que nos gustan y a alejar las que no. En este sentido, la polarización no implica sólo una distancia en materia de política pública, sino, también una distancia simbólica.

A lo largo de la segunda parte –capítulos siete, ocho y nueve– los autores analizan cómo las comunidades activan diferentes elementos de un encuadre, el modo en que insertan estos elementos en sus publicaciones y qué rol desempeñan los medios tradicionales. Si bien reconocen la existencia de “autoridades” –es decir, cuentas que tienen muchos seguidores y, por ende, mayor visibilidad–, afirman que los “usuarios comunes”, al decidir qué comparten y qué no, tienen el control. En consecuencia, y a pesar de las jerarquías, el dinamismo de *Twitter* habilita la construcción de narrativas localmente diversas. Las decisiones de los internautas traen consigo costos políticos y consecuencias topológicas para la red: romper acuerdos políticos, seguir a determinadas figuras, acceder a contenido que desafía sus creencias, etc. Incluso, pueden hacer estallar la burbuja que habitan.

Finalmente, los últimos tres capítulos –diez, once y doce– se centran en diferentes casos de activación en cascada con la finalidad de demostrar en qué medida los internautas están preactivados comunicacionalmente para aceptar o desechar evidencias. Aquí los

autores desarrollan el funcionamiento del “astroturfing” entendido como “el acto de crear una red artificial de usuarios y medios para generar la percepción de que existe una comunidad de apoyo u oposición a un candidato o partido” (p. 167). Sobre esto, sostienen que en las campañas falsas, la producción y filtración de contenidos no está conducida por criterios de noticiabilidad, sino que se busca operar políticamente. Para que resulten exitosas, se requiere de historias que conecten a los usuarios entre sí y con medios que aparenten ser reales.

La pregunta que cierra el volumen ahonda en la existencia de eventos comunicacionales en los que la polarización es, prácticamente, inexistente. Efectivamente, ciertos temas dan lugar a narrativas más homogéneas y, en consecuencia, conducen a un proceso de despolarización de las redes, tanto en lo que hace a la forma como al contenido. En estos casos, los usuarios que habitualmente permanecen inactivos cuando la conversación los invita a posicionarse en polos opuestos, se activan para officiar de intermediarios entre comunidades disimiles. Los autores denominan a este tipo de conexión como “antired” en la medida en que la polarización es baja, el diálogo político se extiende, las jerarquías tienden a difuminarse y el tono de los intercambios es menos violento y más pedagógico.

Vale destacar que tanto la red como la antired se encuentran integradas por los mismos internautas; sin embargo, el modo en que se conectan difiere. En función de ello, Calvo y Aruguete advierten que la misma tecnología que se utiliza para difundir *fakes news*, promover discursos de odio y facilitar la manipulación política, también proporciona herramientas para presentar marcos de referencia común a individuos que habitan distintas comunidades. En suma “los mecanismos que favorecen la propagación del conflicto y la polarización pueden facilitar dinámicas de activismo social y comunión política” (p. 14).

Las páginas de *Fake news, trolls y otros encantos* buscan tornar legibles las redes sociales, lo que implica, indefectiblemente, desmontar su estructura, develar los mecanismos que se desencadenan en nuestros muros, nombrar los distintos tipos de usuarios y regular cuáles son las interacciones aceptadas. Esta obra nos interpela a erradicar las formas de violencia digital existentes y, por fin, gobernar las redes.

Referencias

Aruguete, N. (2015). *El poder de la agenda*. Buenos Aires: Biblos.

Calvo, C. (2015). *Anatomía política de Twitter en Argentina*. Buenos Aires: Capital intelectual.